

ES RICO
EN
MISERICORDIA
(PARA LLEVAR LA ESPERANZA)

ELVIO MANUEL PEREIRA

En estos tiempos es necesario hablar de una antigua y nueva noticia, me refiero a una noticia de salvación (Buenas nuevas en el mismo presente). Y no por méritos propios hablaré, ni tampoco por méritos propios callaré, pues antes de hablar o indagar sobre el tema, me inunda un gran deseo de presentarles a nuestra última tabla de salvación: a Jesús. El Señor, a quien se le ha puesto el nombre que está por sobre todo nombre y, de esa manera, toda rodilla se doblará en el cielo, en la tierra y en el abismo. Y toda lengua confesará que Jesús es el Señor...

Asimismo, nuestro único salvador es el mismo hijo de Dios, el cordero que fue inmolado sin manchas de pecado. A quien pocos escucharon y vieron, pero más que ver y oírlo, se trata de creer.

Ahora me atrevo a hacerte una pregunta: ¿Crees que Jesús nos ha salvado? ¿Por qué? Si

esa cuestión va dirigida hacia mi persona, yo respondería sin titubear, pues uno profesa lo que cree y habla de lo que conoce.

No me vanaglorio de conocerle a Dios, sino que doy testimonio de Él.

Yo soy un joven con 21 años, y aunque mi edad generalmente no hablaría del todo bien para este tipo de tema, mi corazón no puede cargar con semejante presión, pues, así como las aguas del mar no podrán ser retenidas en un solo vaso de agua, del mismo modo uno no puede callar ante las inspiraciones de Dios.

Yo creo firmemente que Jesús es nuestro único salvador, a él siempre sea la gloria, el poder y la alabanza. Profeso con todo mi corazón que Jesús es el Señor.

Jesús es representado como un cordero expiatorio para todos los pecados, como todo sacrificio que se hacía en la antigüedad del pueblo elegido y amado de Dios Yahvé, me refiero al pueblo de Israel. Ese pueblo que

durante muchos siglos ha provocado la cólera de Dios. No quiero entrar en detalles, pues mi corazón va dirigido a lo sencillo de las letras y no a la teología, pues no hay necesidad de complicarnos...

Jesús es el único cordero sin manchas, puro y sin defectos. El único que pudo saciar y apaciguar la cólera de nuestro Padre.

Merecidamente, como cristianos, debemos acusarnos en nuestras propias faltas. Me refiero personalmente, jamás debemos juzgar a los demás. ¿Acaso somos capaces de juzgar a nuestro mismo Dios? Y entonces, ¿por qué juzgamos a los demás? El pecado tiene nombre y debemos llamarlo tal y como se llama, pero jamás creernos sin pecados delante de nuestros hermanos. Todos estamos con faltas y ninguno es puro delante de Dios.

No quiero hablar de un Dios castigador o que somete, pues eso sería mentira. Dios no es así.

Solo quiero que entremos en razón y que sepamos que no somos más que Dios; en esto también está la humildad, en reconocer nuestra flaqueza y miseria delante de Dios y seguidamente delante de nuestros hermanos.

Pero, ¿cómo hablo solamente de nuestros pecados y no acerca de la salvación de Dios? Debemos llevar en cuenta y creer que tenemos dos lugares y dos caminos que escoger, el paraíso y el infierno, ambos son eternos. Del otro lado, el camino del bien y el camino del mal, ambos son precoces, pues duran mientras vivamos carnalmente.

Creemos en el paraíso para los que siguieron y lucharon hasta el final en el camino recto del bien. Del mismo modo, el infierno para los que no creyeron en Dios y quien se ha apartado de Dios. Ambos lugares son libres de escoger.

Tenemos conocimiento acerca de estos lugares y creemos en estos lugares. De esta

manera también creemos que Dios no nos manda al infierno por solamente tener el poder total de todo; si piensas de esa manera, sería como pensar que Dios no es bueno.

Dios nos ha hecho libres de escoger los caminos, no nos somete, pero tiene un gran deseo, más bien un deseo ardiente de que todos seamos salvos. Pues Dios es amoroso a pesar de todas nuestras faltas.

Surgen preguntas como: ¿Si Dios es amor, por qué creó el infierno? Dios no hizo el infierno, somos nosotros quienes creamos nuestro propio infierno, somos nosotros quienes somos condenados a sola voluntad nuestra. Nosotros escogemos el camino del bien y del mal. Nadie escoge por nosotros, y en la hora de ser juzgados hablaremos con la verdad, pues delante del Señor toda mentira está descubierta y toda verdad ruge como león hambriento.

No nos escaparemos de la verdad, pues antes de que la mentira existiese, la verdad pudo más.

Pero... ¿qué haría Dios para salvarnos? Dios jamás se cruza los brazos o nos mira con pena o vergüenza; somos sus creaturas y por la muerte de Jesús en la cruz nuestra condición de creatura pasó a ser hijo, hijo adoptivo de Dios Padre. En esto está la salvación, en que creamos en aquel hijo unigénito de Dios Padre, porque el que cree obedece, y el que obedece ama, y el que ama sufre, pero sufre pacientemente, como Él sufrió pacientemente y silenciosamente en la Cruz del Calvario.

Jesús nos ha dicho: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá”* (Juan 11:25). Jesús se nos presenta como la resurrección, como el que tiene poder de traer de vuelta a un fallecido. Se nos presenta como uno y no muchos, pues debemos entender que fuera de Dios no hay otro capaz de dar vida; Jesús nos

da la vida, y precisamente quiere darnos en abundancia.

Aquí nos habla precisamente de una acción, digámosle verbo (creer). Dice: *el que cree en Mí* y no niega que debe haber una acción nuestra para que tengamos vida y vida en Él y por Él.

Se nos hace difícil captar todo sobre la muerte y la vida, siempre hay una pregunta: ¿Qué hay después de la muerte? Precisamente yo no lo sé y no esperen que a través de este libro puedan encontrar una respuesta sobre la vida o la muerte. Este libro lo escribo porque sé que creemos en la vida después de la muerte, creemos que la vida está en Dios y en conocerlo, creemos que Dios nos la dará como Él quiere y puede darnos, creemos y reafirmamos nuestra verdadera fe en Jesús porque creemos que Él es el único camino que nos lleva al Padre cuya fuente es vida y paz.

Dice: *aunque muera vivirá*. Nos habla de una muerte carnal y terrenal, pero nuestra fe está puesta en el Señor dador de Vida. Sabemos que para Dios nada es imposible.

Conocemos el corazón de Dios, porque creemos que él es amor. Tenemos fe en su doctrina y pedagogía, pues el Evangelio nos asegura (cuyas escrituras son santas porque están inspiradas por el mismo Dios) que Dios es dador de Vida, Creador de todo lo visible e invisible, Omnipotente y Omnipresente.

Como cristianos católicos no debemos confundir nuestra fe, porque somos cristianos seguidores del hijo unigénito de Dios Padre, cuyo género es santo porque el Padre lo es y como la Madre, que es llena de gracia.

Jesús dijo: *Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14:6)*. No se inquieten, queridos hermanos, ni se turben por falta de fe o caigan por poca fe; ya

habló el Maestro y dice la verdad, y no existe una verdad mayor que esto.

Cuando Jesús dice *Yo soy*, nos dice con autoridad, precisamente así es. Nos dice como dijo a Moisés cuando interroga a Dios por su nombre, y Dios responde: *“Yo Soy el que Soy. Dile esto al pueblo de Israel: Yo Soy me ha enviado a ustedes”* (Éxodo 3:14). De esta manera Jesús ha sido enviado a nosotros para liberarnos de la esclavitud, de la esclavitud del pecado.

Sabemos que a un esclavo no se le tiene permitido nada y mucho menos méritos, vive preso del asiduo trabajo; de esta manera el pecado nos tiene esclavizados a sí mismo porque el pecado viene bajo la influencia del enemigo, el Diablo, a quien Jesús venció en la cruz, en la Cruz del Calvario. Y venciendo de esta manera al Diablo, Jesús nos rescata de sus garras dándonos por su vida la condición de hijos adoptados. Qué privilegio ser hijos de Dios y cuántas gracias se nos conceden al abrírnos obedientemente a la voluntad de Dios.